

suerte tambien, y la causa que se les instruyó puso de manifiesto tales horrores, infamias y crímenes, que aventajan á todo cuanto Suetonio y Lampridio han dicho de los Césares más odiosos. Mas como no era posible castigar agentes secundarios, que, por malos que fueran, habian procedido de conformidad con el espíritu del Gobierno á quien servian, dejando libres y sueltos á los inspiradores del estrago, así en el seno de la Convencion como en las masas resonó un clamor universal, acusando á Collot, Billaud y Barère.

A pesar de sus defectos, eran Collot y Billaud hombres animosos, y por tanto, al estallar la revolucion de Termidor nada hicieron que significara de su parte acatamiento al suceso, limitándose ambos á oponer al odio universal, primero encono y resistencia, luego taciturna y triste calma; pero Barère, cediendo á sus instintos y naturales inclinaciones, no bien comenzó á darse cuenta del verdadero carácter de la reaccion iniciada, se ingenió buscando el modo de abandonar á los Montañeses vencidos y de ingresar de nuevo en las filas de los moderados vencedores, manifestando en toda ocasion que no habia sido nunca partidario de las medidas violentas, y que nadie deploró más que él los bárbaros tratamientos impuestos á los Girondinos; y predicando la misericordia desde aquella misma tribuna en que habia predicado tantas veces el exterminio, exclamó cierto dia penetrado de fervor humanitario: «¡Llegó al fin el tiempo de poder abandonarnos sin riesgo á los puros y generosos impulsos de la clemencia; momentos venturosos en los cuales la prision temporal debe parecernos castigo suficiente á los errores políticos!» Aun no hacia dos semanas que de lo alto de la misma tribuna fulminaron sus

labios amenazas de muerte contra cuantos fueran osados á invocar la moderacion y la clemencia, y que habia dado de mano á la tarea de proveer de víctimas de ambos sexos la guillotina de Paris á razon de trescientas por semana. Como se ve, no perdonaba medio de hacer paces con los conservadores á costa de los Terroristas, del propio modo que hizo doce meses ántes con éstos á costa de aquéllos; mas lo engañó el deseo: la retirada no era ya posible, porque hasta su rostro, su voz, sus frases, sus chanzonetas, todo cuanto fuera suyo se habia hecho aborrecible á la Convencion; de tal modo, que cuando hablaba lo interrumpian á cada paso los murmullos y las muestras de desagrado, dándole todos en cara con acerbas palabras su cobardía, su bajeza y su perfidia constante. Y tan odiado se hizo, y cuanto pudiera recordarlo, que, como al dar Carnot cierta ocasion cuenta de una victoria se olvidara de la gravedad de su carácter hasta el punto de usar frases propias de la elocuencia bareriana en casos análogos, gritó unánime toda la Cámara: «¡Basta ya de *carmañolas!* ¡Nada de Barère!»

Al fin, cinco meses despues de lo de Termidor acordó la Convencion que se formara una junta de veintiun individuos encargados de examinar la conducta de Billaud, Collot y Barère, la cual formuló dictámen pocas semanas despues. En este documento se consigna el hallazgo de papeles suscritos de nuestro héroe, comprensivos de una proposicion al efecto de perfeccionar el sistema terrorista, y en cuya virtud deberia dividirse la Francia en circunscripciones bajo la jurisdiccion de tribunales revolucionarios, sin residencia fija y compuestos de Jacobinos probados, que viajaran de una parte á otra

que sólo trata del odio y del desprecio inmenso que inspiraba.

El coche de camino en el cual entró y debía viajar siguió la calle de Saint-Honoré, rodeado de numerosa escolta. Poco tardaron los transeuntes en darse cuenta de lo que se trataba, y rodearon el carruaje, agregándoseles centenares de personas llevadas de la curiosidad al oír sus gritos y amenazas. Al llegar frente á las gradas de la iglesia de San Roque, la muchedumbre se agolpaba de tal modo que no sin grandes dificultades pudieron el conductor y los guardias abrirse paso por aquel muro de hombres, mujeres y chiquillos vociferando y gesticulando en actitud hostil y dispuestos á romper las portezuelas del coche, sacar de él al preso y arrastrarlo. Viéndose Barère en ocasion de tanto peligro, y temiendo á cada instante perder la vida, pidió á la escolta que lo amparase de la ira popular, guardándolo en un edificio público allí cercano, hasta que la calle quedara libre. Al propio tiempo, la Convencion, sabedora de la ocurrencia, discutia en orden á Barère, llegando algunos de sus individuos á proponer que se le tratara como él lo habia hecho con muchos mejores que no él, declarándolo fuera de la ley y entregándolo sin más juicio al brazo del verdugo. Pero las máximas de humanidad que habian prevalecido por regla general en los acuerdos tomados despues del 9 de Termidor, inspiraron á los convencionales otra conducta.

La noche dispersó los grupos; y como á las doce ya no quedaran en la calle ni los más rezagados, sacaron á Barère, y convenientemente protegido lo trasladaron á la opuesta orilla del Sena, donde lo esperaban dos carruajes al principio de la carretera de Orleans. En el primero estaba Billaud, acompa-

ñado de dos oficiales; en el segundo aguardaban á Barère otros dos. Collot habia marchado ya en igual forma.

Llegados que fueron los tres á Orleans, ciudad que hubo de sufrir tantos estragos de la tirania de los Jacobinos, el pueblo rodeó los coches, pidiendo las cabezas de los prisioneros, los cuales debieron su salvacion á la prontitud con que acudió toda la guardia nacional de los barrios más próximos. A pesar de esto, gran golpe de gentes persiguió á los presos largo espacio por la carretera de Blois.

En Amboise supieron los conductores que Tours se prevenia para recibir dignamente á Barère, Collot y Billaud, y que el magnifico puente de la ciudad estaba lleno de furiosa muchedumbre, aguardando su llegada, para dar con ellos en el rio, ya que bajo su funesto Gobierno habian cegado su cauce á fuerza de ahogar en él tantos infelices. Con estas nuevas, los oficiales encargados de custodiarlos hicieron de modo que no llegaran á Tours hasta las dos de la madrugada, dirigiéndose sin parar á la casa de postas. Pero por pronto que cambiaron los tiros y partieron á galope, ya el pueblo avisado acudia en seguimiento de los fugitivos con hachones encendidos y armas de todas clases, lanzando gritos de coraje al ver que la presa escapaba de aquel modo á su saña vengadora.

En Poitiers corrieron asimismo grandes peligros; como que en el punto que arrancaban los caballos de la casa de postas les iba á los alcances la poblacion, entera embravecida y furiosa, para destrozarlos. Pasaron cerca de Niort sin atreverse á entrar; pero ya los aguardaban en el camino para dar cuenta de sus personas, siendo necesario que los postillones pusieran los caballos al galope, librando por

tal modo á los prisioneros de muerte cierta. Despues de un viaje tan azaroso llegaron los tres asesinos á la Rochela.

XXXV.

A poco de hallarse Barère, Billaud y Collot en la Rochela, fueron trasladados á Oleron, isla triste y agreste que azotan las soberbias olas del golfo de Gascuña. Los encerraron en el castillo separadamente, con centinelas de vista, proveyéndolos de racion de soldado, prohibiéndoles comunicarse con la guarnicion y vecinos de la isla y autorizándolos tan sólo á pasear por las murallas, permiso que muy luégo quedó restringido y limitado á la explanada en donde hacía ejercicio la guarnicion.

Poco despues de su llegada se supo en Oleron que los Jacobinos de Paris habian hecho el último esfuerzo para recuperar el perdido ascendiente; que la sala de sesiones de la Convencion habia sido allanada por el populacho; que habian asesinado á un individuo de ella y paseado en triunfo su cabeza, puesta en la punta de una lanza; que la vida del presidente habia estado en inminente peligro, y que varios convencionales se habian adherido al tumulto. Pero con estas nuevas llegaron tambien las de haber sido sofocada la insurreccion con auxilio de las tropas, que así evitaron á Paris la vergüenza y el duelo de una matanza. Despues de quedar vencidos los insurrectos, se procedió al desarme de los barrios turbulentos de la capital, y al castigo consiguiente de los diputados traidores; con lo cual acabó definitivamente la perniciosa y funesta influencia de la Montaña. Y como los sucesos que ocasionaron es-

tas medidas aumentaron el ya grande aborrecimiento que todos tenian al Terror y á los inventores del sistema, un diputado pidió que los prisioneros de Oleron expiaran sin tardanza sus crímenes en el patíbulo, y otro que volvieran á Paris para ser juzgados por un consejo de guerra; proposiciones ambas que fueron rechazadas. Pero siendo necesario conceder algo, ya que no todo, al partido que reclamaba medidas severas de represion y de castigo, se dispuso deportar á la Guyana á Collot y Billaud, para donde salieron inmediatamente; muriendo Collot á poco de llegar por efecto de su incontinencia en las bebidas espirituosas, y pasando Billaud, ántes de acabar, largos años en horrible soledad, huyendo de las gentes y rechazado de ellas, y enseñando á hablar los loros que cogia. Por lo tocante á Barère, ni en sus *Memorias* ni en ningun otro libro hallamos las causas de la diferencia establecida entre sus compañeros y él; mas si no fué deportado como Collot y Billaud, poco tardó en comprender que acaso el privilegio ántes sería pasajero y aparente que no durable y positivo, pues recibió la órden de comparecer ante la sala de lo criminal del departamento de la Haute-Charente. Trasládaronlo, pues, al continente y lo encerraron en un antiguo convento de Saintes, trasformado en cárcel á los principios de la Revolucion.

Miéntas vegetaba recluso nuestro Barère, la reaccion iniciada por consecuencia de la crisis de Termidor quedó en suspenso un espacio momentáneo. Porque, como los parciales de la casa de Borbon, fiados en la indulgencia con que los trataban desde la caída de Robespierre, no sólo se atrevieron á declarar casi públicamente sus opiniones, sino que acabaran empuñando las armas contra la Con-

vencion, y para someterlos se hiciera necesario derramar mucha sangre y causar muchas víctimas en las calles de Paris, la vigilancia de las autoridades se contrajo principalmente á los realistas, cediendo algun tanto el rigor ejercido con los Jacobinos. Habia resuelto la Cámara, por último, que Barère fuera deportado á la Guyana; pero no sólo el nuevo cáriz que presentaban los negocios públicos influyó para reducir á letra muerta su acuerdo, sino que, probablemente auxiliado de personajes poderosos, pudo entónces fugarse de Saintes y recogerse á Burdeos, donde permaneció algunos años oculto; pareciendo más bien que hubiera entre sus perseguidores y él tácito convenio de no molestarlo mientras no hiciese alarde público de su persona; pero que si lo hacía sufriera las consecuencias de su temeridad.

XXXVI.

Mientras la Constitucion de 1793 estuvo en vigor con su Directorio ejecutivo, y sus Consejos de los Antiguos y de los Quinientos, vivió Barère bajo la constante amenaza de la ley, siendo en vano que, cuando pareció triunfar de nuevo la política de la Montaña, solicitara la remision de la pena que le impuso la Cámara, porque hasta los mismos regicidas, autores de las matanzas de Vendimiario y de las prisiones de Fructidor, se avergonzaban de él.

Pero diez y ocho meses despues de su evasion, volvió á pronunciarse públicamente su nombre. Bueno será decir á este propósito que todavía conservaba en su provincia cierta popularidad. Porque aun cuando no habia vuelto más á ella desde la caida

del Rey, como los montañeses gascones vivian léjos del asiento del gobierno, é ignoraban de todo en todo, ó sólo sabian de una manera imperfecta cuanto en él pasaba, y tenian noticia únicamente de que su compatriota logró representar principalísimo papel en Paris, y de que várias veces sirvió la causa de sus intereses locales, permanecian fieles y constantes en la desgracia con una firmeza que contrastaba de muy singular manera con la miserable versatilidad de quien era objeto de ella. De aquí que lo eligiera entónces el departamento de los Altos Pirineos para el Consejo de los Quinientos. Mas el Consejo, árbitro y juez de la eleccion de sus individuos, le cerró sus puertas. «¿Quién de vosotros, exclamó un individuo de la Cámara, oyendo leer su nombre, querrá sentarse al lado de semejante monstruo? — ¡Ninguno!» contestaron de todos los bancos;—y un diputado añadió que renunciaria el cargo, si se presentaba en el Consejo el infame. La eleccion se anuló, pues; pero consignando en el dictámen que se hacía esto por tratarse de un criminal que buscaba el modo de sustraerse á la justicia, merced á expedientes habilidosos, y al propio tiempo severa censura contra la indulgencia excesiva que le consentia vivir libre debiendo estar en la cárcel.

Así las cosas, intentó reconciliarse con el Directorio, escribiendo contra Inglaterra un voluminoso libelo titulado: *De la libertad de los mares*; y era tanta su esperanza de producir efecto, que dispuso tirar tres mil ejemplares, y vendió para subvenir á los gastos de la edicion una de sus haciendas. El libro pareció; pero nadie quiso comprarlo, contra tiempo debido, segun Barère, á la malicia de mister Pitt, que sobornó al efecto el Directorio, consi-

guiendo que los publicistas y críticos no dieran cuenta del ataque tan formidable que dirigía en sus páginas al engrandecimiento marítimo de la pérfida Albion.

Tres años iban ya trascurridos desde la evasión de Barère, durante los cuales habia residido en Burdeos, cuando supo que sus moradores trataban de hacerle una visita el 9 de Termidor, con el objeto de aplicarle aquel procedimiento que otro tiempo calificó él mismo, en la defensa de Lebon, de «justicia práctica en forma un tanto rigurosa;» y como no le placiera el proyecto, huyó disfrazado de calafate, llevando sobre sus espaldas un cesto de virutas, y refugiándose durante algunos dias en la choza de un campesino hasta que pasó con exceso el terrible aniversario. De allí á poco volvió á correr nuevo peligro, pensando con esto no hallar seguridad y reposo sino en los alrededores de Paris, á donde se dirigió rápidamente, cruzando sin ser descubierto las poblaciones donde cuatro años ántes se vió tan cerca de perder la vida. Llegó á la capital muy de mañana, y sin detenerse un punto siguió hasta el bonito pueblo de Saint-Ouen, orillas del Sena, donde vivió solitario durante algunos meses. Por aquel tiempo fué cuando volvió Bonaparte de la campaña de Egipto, y poniéndose al frente de los partidos malcontentos coligados, y amparando sus designios de la autoridad de los Ancianos, expulsó á los Quinientos de la Cámara y se alzó con el imperio absoluto de la Francia, bajo el nombre de Primer Cónsul.

XXXVII.

Al dar cuenta del suceso mencionado, dice Barère que le quebró el corazón; que no pudo acostumbrarse á la idea de ver de nuevo sometida la Francia y vasalla de un amo, y que si los representantes hubieran tenido conciencia de su dignidad habrían hallado medios de contener al general ambicioso que los insultaba. Sin embargo, esto no fué parte á impedirle solicitar la proteccion del nuevo Gobierno, y enviar sin más tardanza un ejemplar de lujo de su *Ensayo sobre la libertad de los mares* al Primer Cónsul.

Bonaparte abrigaba entónces el propósito de correr un tupido velo sobre lo pasado, lo cual nada tenía tampoco de extraño tratándose de quien, como él, á un tiempo mismo era revolucionario y reaccionario, hombre del pueblo por su origen, déspota por instinto, medio jacobino y medio monárquico, vera efigie de la Revolucion coronada. Partiendo de estas premisas, cuantos se mostraron dispuestos á sostener resueltamente su gobierno, ya fueran realistas ó regicidas, tuvieron buen acogimiento en él, y cuantos, por el contrario, se le declararon hostiles, regicidas ó realistas, quedaron vencidos y castigados; viéndose así, unos al lado de otros, en sus antecámaras y en sus cárceles, á los hombres que participaron en los mayores crímenes del Terror y á los que derramaron su sangre peleando en el ejército de Condé, y condecorados con las mismas insignias á Fouché y á Maury, y muertos en el mismo cadalso á Cadoudal y Arena. No era difícil, pues, que un Gobierno inspirado en tales principios, diese

á Barère la satisfaccion que constantemente le negó el Directorio, anulando en su virtud la sentencia que pesaba sobre él, y autorizándolo á residir en París. Bien es cierto que no alcanzó el perdón tan suspirado en forma muy lisonjera, porque hubo de resignarse á pasar algun tiempo bajo la vigilancia de la policia; pero esto no le impidió acudir al palacio del Luxemburgo, residencia entónces de Bonaparte, para saludarlo y hacerle la corte, recibiendo en pago de sus homenajes y serviles acatamientos lacónicas y frias palabras del amo y señor de Francia.

XXXVIII.

Aquí comienza nuevo capítulo de la historia de Barère; y áun cuando no podemos conocer tan exactamente sus relaciones con el Gobierno consular como sus discursos é informes dirigidos á la Convencion, no es difícil, merced á hechos públicos y notorios y á especies consignadas en sus *Memorias*, persuadirse de la verdad. Bonaparte quiso comprar á Barère; Barère quiso venderse á Bonaparte; lo demás del caso consistió lisa y llanamente por ambas partes en el precio, siendo inmensa la diferencia entre la cantidad pedida y la ofrecida, y muy ocasionada por tanto al regateo.

La pasión, la fuerza de voluntad, la firmeza en los designios, la fe ciega en su estrella y en su ingenio, se hallaban desarrolladas en Bonaparte de una manera tan extraordinaria que rayaba en lo extravagante, y debido á esto, sentia profundo menosprecio por Barère, el más afeminado, abyecto y servil de los hombres. Por otra parte, si el general

era capaz de cometer crímenes bajo la influencia de ideas de ambicion ó de venganza, no se hallaba en modo alguno tocado de la terrible monomanía del crimen, ni experimentaba la sed de lágrimas y sangre que perturbaba los espíritus de ciertos jefes jacobinos. Detestaba profundamente á los terroristas; pero proscribirlos habria sido contrario á su política. A esto acaso debió Barère, el peor de todos, su salvacion los primeros momentos; pues, por lo demás, no es fácil acertar cómo utilizaria el Primer Cónsul en los rodajes de su complicado sistema un miserable condenado por la Convencion, y luégo por el Consejo de Quinientos, á quien los moradores de cuatro grandes ciudades habian querido hacer pedazos, y que no compensaba en modo ninguno sus defectos con aptitudes administrativas ni de otra índole. Pero si no hubiera sido prudente colocar en un puesto de honor y de importancia personaje tan despreciable, infame, odiado é incapaz de ejercer funciones políticas, podia empleársele de modo que fuera útil. Habíase formado elevadísimo concepto de su talento como escritor el Primer Cónsul, equivocacion que reconoció más adelante; y el error provenia del efecto que hubieron de producir en los campamentos del ejército republicano los despachos del Comité de Salud pública, y en la natural inclinacion que tenía en su primera juventud el futuro emperador hácia este género de composiciones, análogas á las rapsodias de Macpherson, su poeta favorito. No queremos decir con esto que mejorase andando el tiempo el gusto literario del gran guerrero y estadista, porque nunca fué muy bueno, como dan testimonio de ello sus boletines, sus órdenes del dia y sus proclamas, pues si bien es cierto que á las veces son obras maestras

llevando la guillotina en el bagaje y el verdugo en su séquito.

Barère sostuvo en su defensa que no era posible, sin violar manifiestamente la libertad de la discusion, calificar de crímenes las proposiciones y discursos presentadas y pronunciados por él en el seno de la Cámara; y como le preguntaran por qué apelaba en su defensa tan resueltamente á este ardid despues de haber enviado al cadalso tantos diputados á causa de sus opiniones políticas expuestas por ellos en la Convencion, se limitó á contestar que debia deplorarse por todos, en efecto, la violacion de tan grande y laudable principio. Luégo se atribuyó con el mayor cinismo mucha parte de la revolucion de Termidor; pero no hallándose dispuestos á reconocer sus pretensiones los hombres que habian arriesgado su vida para realizarla, y que, de fracasar en ella, sabian que Barère habria pedido sin vacilacion sus cabezas para la guillotina, y redactado á seguida un manifiesto anunciando á la Francia su crimen y su castigo juntamente, le recordaron que cuarenta y ocho horas, no más, ántes del conflicto decisivo, pronunció en la tribuna pomposas alabanzas en favor de Robespierre. Con esto creyeron sellar sus labios, acaso por no conocerlo; mas fué vana la intencion si la hubo, porque replicó al punto con las siguientes palabras dignas de la villanía proverbial de su carácter, diciendo: «Era necesario el disimulo en aquellos momentos. Hacía falta lisonjear la vanidad de Robespierre y ponerlo en el trance de lanzarse á la lucha. Hé ahí la razon de las alabanzas que ahora se me imputan á falta, como si álguien hubiese hallado merecedor de vituperio el disimulo de Bruto con Tarquino.»

Sólo quedaba una esperanza de salud á los triun-

viros acusados: el populacho. Porque como los Jacobinos atribuyeran la miseria general que hacía sentir sus efectos en Paris entre la clase trabajadora, no sólo á la revolucion de Termidor, sino á la indulgencia con que se trataba por el gobierno á los aristócratas y á las medidas adoptadas contra los jefes de la última administracion, y como tambien sea materia dispuesta siempre á creer los mayores absurdos la muchedumbre indigente y menesterosa, los habitantes del arrabal de San Antonio se alzaron en armas, amenazando á los diputados y pidiendo con grandes voces la libertad de los patriotas perseguidos. Mas no era ya la Convencion lo que otro tiempo, cuando la plebe hacía uso de medios análogos contra los Girondinos, pues habia cobrado fuerzas y vigorizado su espíritu con el ensayo de Termidor, y disponia de recursos militares. El orden se restableció, pues, sin más tardanza, y la noche misma se acordó que Collot, Barère y Billaud fueran conducidos inmediatamente á lugar seguro fuera de la capital, quedando cumplida la orden la mañana siguiente.

XXXIV.

La relacion que ha dejado Barère de su viaje nos parece la parte más interesante y digna de fe de sus *Memorias*, porque no hay persona, por envilecida y degradada que se halle, cuyo testimonio no pueda, en justicia, ser admitido cuando es en contra suya; siendo licito por tanto, pero sólo en este caso, dar crédito á la palabra de nuestro héroe, toda vez